



El caso de las fachadas misteriosas

Recorriendo Concepción, por lo menos se descubren seis. En Freire, tres: la primera alberga a un taller reparador de calzados, llena de cueros y sobras de herrería, con un toldo café desarrapado cubriendo el acceso, cerca de Plaza Acevedo. En Freire 1280 la segunda: alba, clausurada, se interpone entre dos casas. Al lado del hotel Cruz del Sur la tercera, reluciente también. Todas iguales. Sobre su origen: misterio, versiones encontradas. En Ongilmo entre Barros y O'Higgins, la cuarta. Blanca, continúa las antiguas edificaciones donde se inserta. La cortina metálica cerrada aumenta la interrogante. Los vecinos la ignoran. Nadie sabe quién la pintó. En Anibal Pinto entre Maipo y Carrera, la quinta. En aparente buen estado, su acceso clausurado en horas de comercio niega algún destino de ese tipo. La sexta, en Carrera entre Lincóyan y Rengo. Cerrada de nuevo, su actual estado de deterioro parece prepararla para el ensanche de esa calle, que la barrerá definitivamente. ¿Cuántas más habrán sido derribadas? Otras preguntas se suceden... ¿Por qué las fachadas son idénticas? ¿Qué función, quizás perdida, alojaba este pequeño espacio de 5 x 6 metros? ¿Qué hizo que en alguna preterita fecha se dispusieran alternadamente en el casco urbano central? ¿Cuántas se construirán primitivamente? Y, sobre todo, ¿por qué razón? Da que pensar... Comienzan las lucubraciones, las conjeturas. En algunas, la insignificante "caseta" llega a ocupar un puesto de jerarquía urbana. En otras se le resta importancia. Un profesor y alumnos de la Facultad de Arquitectura de la Universidad del BíoBío se movilizan, preguntan. Descubren que, por diseño y

construcción, corresponden a los años 20. Unos, interpretando la estilística, buscan órdenes geométricos o trazados reguladores ocultos que hubieran determinado los emplazamientos. Otros, más funcionalistas, insisten en locales de venta, quioscos de revistas u otras intenciones comerciales. Los menos, con mentalidad poética, las suponen de propiedad de algún ejercicio de inteligencia, dotando a los inofensivos locales de toda suerte de malsanos y tortuosos propósitos. Los más proponen teorías más descabelladas: reparadoras de calzados hechas en serie a causa de alguna olvidada crisis peatonal; pensiones modestas de modistillas decadentes "a lo Donoso"; garajes de antiguos carruajes; entradas anónimas a fastuosas mansiones de interior; accesos oscuros para esconder violadas niñas de familias patricias; espacios enigmáticos que comunican catacumbas subterráneas de cristianos revolucionarios perseguidos, etc.... Por último, los escépticos: similitudes desintencionadas para loteos repetitivos o la casi enfermiza falta de imaginación de algún ignorato y antiguo arquitecto. Las fachadas idénticas son ya el centro de una verdadera obsesión. Se aumentan los rastros, las pesquisas. Aparece un nuevo planteamiento, con pruebas a la mano: según testigos, las casetas guardan anores y antiguos transformadores eléctricos que demostrarían su propósito fundamental: la alimentación eléctrica de nuestros primeros tranvías. La solución, al parecer. Las fechas coinciden. Pero, planos en la mesa, el antiguo recorrido de los tranvías no pasaba por Freire, donde está la mayor parte de las casetas. Además, ¿cómo se

explica que no exista huella de ninguna en Barros, tradicional lugar de circulación?

Por otro lado, nuevas "apariciones": se descubre una fachada semiocultura por un edificio en Galvarino, entre Freire y Mapic: otra casi irreconocible a la entrada de Pedro de Valdivia, transformada en casa; y la última en Prat, perfectamente disimulada en el borde construido.

El cuento parece de nunca acabar. Algunas recientemente pintadas. Todas herméticamente cerradas. Pero la existencia de los transformadores daría la pista

definitiva. El fin del misterio. Una visita a la C.G.E.I. aporta los datos definitivos y concluyentes: todas fueron de propiedad exclusiva de esa Compañía. Un antiguo funcionario informa que no están sólo en nuestra ciudad. Se desparrraman también por Temuco y Talca. Cinco pertenecen aún a la Compañía. Las más fueron vendidas, recicladas o destruidas. Se suceden las respuestas: se construyeron en la década del 20 para alojar los transformadores eléctricos que alimentaban el casco urbano central de la ciudad. Era un adelanto a la sazón revolucionario: el tendido iba

en forma subterránea, subiendo a estas matrices que, a regulares distancias, alimentaban la red. Una empresa alemana se encargó de la construcción de este proyecto y, al parecer, de sus trece casetas originarias. Todo el aparataje eléctrico se importó desde ese país, y algunos de los funcionarios germanos que llegaron en ese entonces todavía viven en Concepción.

Con el tiempo, nuevos conceptos determinarían el abandono de la idea del recinto sellado. Los próximos lugares serían subterráneos, como los que actualmente se observan bajo

rejillas en las aceras céntricas de las ciudades y que inspiraron, entre otras cosas, la famosa escena de Marilyn Monroe intentando bajar su vestido levantado por el calor de esos recintos.

La explicación fría, racional, lógica, echa abajo nuestras pretensiones. Una evidente decepción recorre los pasillos. Nada queda de indescifrable en estas misteriosas construcciones que, por desgracia, revelaron sus secretos. Lastima, hubiera sido preferible cualquiera de las anteriores descabelladas teorías.

R.F.P.

